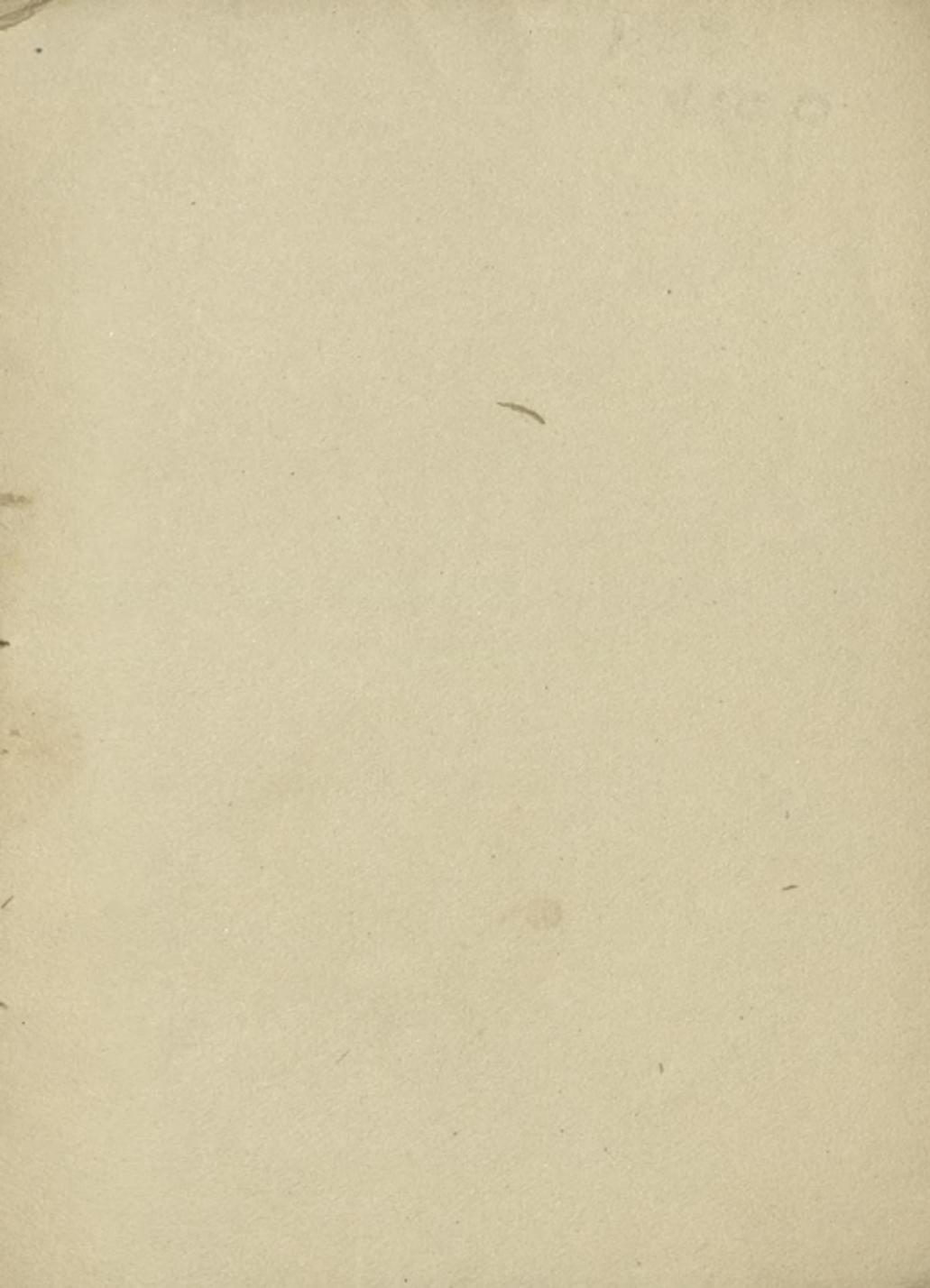


EFREN REBOLLEDO

EL DESENCANTO
DE DULCINEA

All art is quite useless
OSCAR WILDE.

MEXICO
ANTIGUA IMPRENTA DE MURGUA
Av. 16 de Septiembre, 54
1919



DEL MISMO AUTOR:

LIBRO DE LOCO AMOR (Poesías)

CARO VICTRIX (Sonetos)

EFREN REBOLLEDO

EL DESENCANTO
DE DULCINEA

All art is quite useless
OSCAR WILDE

MEXICO
ANTIGUA IMPRENTA DE MURGUIA
Av. 16 de Septiembre, 54
1919

EL DESENCANTO DE DULCINEA

EL DESARROLLO DE LA LINGÜÍSTICA

DON Quijote de la Mancha, el Caballero de la Triste Figura, émulo de los Rolandos y de los Amadis, flor y espejo de la Caballería Andante, se moría sin remedio causando la desesperación de su ama y de su sobrina.

Ni los discursos del Cura; ni los dichos de Maese Nicolás, el Barbero; ni los donaires del Bachiller Sansón Carrasco; ni las mismísimas gracias de Sancho Panza que no se apartaba de su cabecera lo movían a despegar los labios. El caso era muy extraño, porque como decía atinadamente el médico del pueblo, Don Quijote no padecía de ninguna enfermedad, sino espiraba consumido por la melancolía y los desabrimientos.

Mudo, escuálido, enmagrecido, cubierto con una montera verde, incorporado sobre las al-

beantes almohadas del exiguo lecho, estrujando a porfía el grueso cobertor con las acartonadas manos como si quisiera aferrarse a la muerte, Don Quijote no era ni el remedo del bizarro paladín que después de encomendarse a Dulcinea, con la lanza en ristre y dando de espuelas a Rocinante, embestia ejércitos, provocaba leones y batallaba con vestíglos.

No lo abatía la derrota que recibió en la playa de Barcelona donde contendió en singular combate con el garrido caballero de la Blanca Luna, pues la guisa en que se comportó cuando ocurrió ese nefasto suceso lo acreditaba como el más valeroso de los adalides. Ni lo despechaba la condición que le impuso su vencedor de no acometer ninguna aventura antes de transcurrido el plazo de un año, porque aunque sus armas eran sus arreos y el pelear su descanso, había dado su consentimiento con entera libertad y debía sostener su palabra empeñada, conforme al Código de Caballería. Ni lo atormentaba el haber sido hollado por una piara de cerdos, calamidad que con justicia sólo provocaba su despre-

cio. La razón debía ser muy distinta, y sabiendo la devoción que Don Quijote profesaba a Dulcinea, está averiguada la causa de su dolencia.

—No sabes, le dijo un día a Sancho con cavernosa voz, cuánto me extraña que Dulcinea no haya vuelto a su prístino estado, no obstante la profecía que oímos de los labios de la Cabeza Encantada en casa de Don Antonio Moreno, y de haberte dado tú los tres mil y trescientos azotes necesarios para su desencanto según el sabio Merlín. Más feliz fué la desenvuelta Altisidora, pues resucitó después de que hubiste recibido las mamonas y pellizcos que te propinó la gente del Duque.

—No me recuerde vuesa merced esa aventura, por decir algo repuso Sancho, que acusado por su delito no acertaba dónde poner los ojos, sabiendo que a pesar de haber regateado con sordida avaricia los azotes de que dependía el desencanto de Dulcinea y por consiguiente la ventura de su señor Don Quijote, no había vapulado su carne plebeya sino la dura corteza de las hayas insensibles.

—Mísero de mí, continuó Don Quijote, he amparado a huérfanos, asistido a viudas y libertado a galeotes, con quien no me ligaba otra obligación que la de ser ellos afligidos y yo caballero andante, y no puedo auxiliar a Dulcinea, que siendo princesa se encuentra convertida en zafia campesina por las artes de mis enemigos los encantadores. Si mi mala suerte no me quitara el privilegio de acudir en su auxilio, yo te juro, Sancho, que habría sobrepujado las hazañas de Lanzarote y obscurecido las proezas de Tristán. La habría arrancado de los propios brazos de la muerte como Hércules a la desventurada Alceste, y habría ido al Orco mismo, como descendió a buscar a Eurídice el enamorado Orfeo.

Después de haber proferido así sus cuitas, Don Quijote tornó a encastillarse en su silencio, acabando por perder el juicio, de tal manera lo preocupó el encanto de Dulcinea.

Comenzó por trocar su patricio nombre de Don Quijote de la Mancha por el plebeyo de Alonso Quijano, y dió en el tema de que estaba

cuerto. Después del desastre de Barcelona había sido su propósito dedicarse a la vida pastoril, ya que el pacto celebrado con su vencedor lo apartaba durante un año del ejercicio de las armas. Seducido por el proyecto, el entusiasta Bachiller ya había comprado dos mastines para la guarda de los rebaños. En su desvarío, Don Quijote calificaba de devaneos no solamente los sencillos pasatiempos campestres sino todas las proezas de su gloriosa vida de aventuras. Así lo declaró a su ama y a su sobrina, al licenciado y al barbero, abjurando en presencia de todos de su profesión de caballero andante y abominando de los libros de caballerías. Confesóse con el Cura, y llamando al escribano hizo testamento en favor de su sobrina, desheredándola si casaba con caballero andante. No se olvidó de su ama ni de Sancho, a quien diputó el más bueno de los hombres y el más fiel de los servidores.

El Cura y el Barbero, compadecidos de su estado, lo dejaron cometer todas estas sandeces.

Cuando Sancho oyó de boca de Sansón Carrasco acerca de la manda con que lo había favore-

cido Don Quijote y de las inmerecidas alabanzas que le había prodigado, se avergonzó de su proceder, y acosado por el remordimiento fué a confesarle a su amo el embuste de los azotes y pedirle perdón de su bellaquería.

—Perdóneme vuesa merced mi ruindad, prorrumpió arrodillándose a la vera del lecho, no me he dado un solo azote de los tres mil y doscientos noventa y cinco por los que me cobré ochocientos y veinticinco reales; pero juro por la salud de mi hija Sanchica que ahora mismo voy a saldar esta deuda que tengo con vuesa merced.

Afortunadamente para no aumentar la amargura de su trance con la prueba de la traición de su escudero no oyó a Sancho Don Quijote. Cada-
vérico, estertoroso, con la frente bañada de sudor y arrojando espuma por la boca, se moría encomendándose a su señora Dulcinea.

En cuanto Sancho se percató del estado de su señor, no perdió el tiempo en verter lágrimas estériles. Animado de súbita resolución tomó el camino de su casa y requiriendo el zurriago con que avivaba el rucio, flageló sus desnudeces,

contando los azotes con el mismo cuidado que si hubieran sido relucientes escudos.

No bien había caído en la cama postrado por la fiebre que le produjo el vapuleo, cuando, ¡oh milagro del sacrificio y portento de la misericordia! su hija le anunció la llegada de una señora muy principal, que no podía ser sino duquesa.

Dulcinea,—pues era ella,— brillando como un ascua de oro, y adornada con sartas de perlas, con diamantes y con rubíes, ayudada por uno de los pajes de su séquito, se apeó de su hacanea blanca como la nieve, y avanzó a dar las gracias al generoso escudero.

—Déjese mi señora de ceremonias, atajó Sancho, y vamos a ver a mi señor que ya no querrá morirse en cuanto columbre al sol de la hermosura y fuerza de su brazo.

Cuando apareció Dulcinea en presencia de su caballero, la muerte pugnaba por estrangularlo con sus férreas falanges; pero así como los ojos ya opacos de Don Quijote vislumbraron a su señora, cobró su acostumbrado denuedo, y des-

prendiéndose de los brazos de su feroz adversario, gritó con furibundo acento:

—Detente follón y mal nacido caballero, que ya pagarás con la vida la felonía de ácechar en la sombra y atacar a mansalva a tus enemigos, Ea, Sancho, acércame mis armas, tráeme mi lanza, pásame el yelmo de Mambrino y enjaeza a Rocinante.

Como si hubiera oído las voces de su amo, el noble animal respondió desde la cuadra con animoso relincho.

La Muerte que no estaba acostumbrada a acometer a sus víctimas en singular combate, se levantó mohina y crugiéndole los huesos de espanto.

Ya están enfrente los dos campeones: Don Quijote con la lanza en ristre, encomendándose a Dulcinea y rigiendo a Rocinante; la Muerte en alto la guadaña terrible y teniendo las bridas de su caballo pálido. Ya hacen caracolear sus corceles y se salen al encuentro en desafortada carrera. Dulcinea tiembla por la suerte de su caballero, grita la gente de su séquito, el ama y la

sobrino se desmayan y Sancho Panza trasuda de terror. En la embestida la Muerte da consigo en el suelo, y obligada por Don Quijote que descabalgaba apresuradamente se rinde, jura no sacrificar de allí en adelante más víctimas indefensas y promete rendir parias a Dulcinea. En balde le grita Sancho a su señor que remate al vencido y que no crea en sus promesas que serán tan vanas como las del vizcaíno y las del villano. Don Quijote, magnánimo como siempre, no aprieta la hoja de su estoque, y nada más obliga a la Muerte que le dé su palabra de cumplir con lo estipulado, conforme a las leyes de la Caballería Andante.

Así como Dulcinea recibió los homenajes de la Muerte que se alejó con gran alivio de Sancho, Don Quijote, quitándose el yelmo de Mambrino, le habló en la siguiente guisa a la castellana del Toboso:

—Gracias te doy, soberana Señora, por haberte mostrado ante mis ojos que iban a cerrarse para siempre, en todo el esplendor de tu hermosura y, por haberme dado fuerzas para consumir

esta sin igual hazaña. Déjame que te diga que tú has sido siempre el norte de mis pensamientos, el pábulo de mis esperanzas y el sostén de mi vida. Hazme saber cuál es tu voluntad para servirte y no me creas indigno de postrarme a tus plantas.

La incomparable Dulcinea, en respuesta, lo levantó del suelo y puso en los labios marchitos del caballero de la Mancha los rojos suyos, perfumados como el ámbar.

—Vamos, Sancho, exclamó Don Quijote, llama al Licenciado, al Bachiller y a Maese Nicolás para contarles que he recobrado el juicio, que no soy más Alonso Quijano, sino Don Quijote de la Mancha, el Caballero de la Muerte, y que se apresten a emprender nuestra vida pastoril que he de llevar mientras se vence el plazo de un año que le prometí al Caballero de la Blanca Luna.

Don Quijote, Dulcinea, Sancho Panza, el Cura, el Barbero y el Bachiller, vueltos pastores, pasaron días muy dichosos cuidando sus rebaños y traduciendo en églogas sus amores; pero fene-

cido un año, no obstante los ruegos de Dulcinea, Don Quijote volvió a montar en Rocinante, y en compañía de su fiel escudero Sancho Panza, prosiguió su vida de aventuras, desfaciendo agravios, enderezando entuertos, defendiendo a doncellas, auxiliando pueblos y socorriendo naciones.

En una ocasión, comandando la vanguardia de Washington, con el título de Marqués de Lafayette, combatió por la independencia de los Estados Unidos; otra vez, asumiendo el aspecto de Bolívar, quebrantó las cadenas de cinco naciones; bajo el bello continente de Lord Byron, dejó en su palacio de Venecia su lira de oro y su corona de laurel por ir a pelear en pro de la emancipación de los descendientes de Homero y de Leónidas: disfrazado de Luis Napoleón, quebró lanzas con Austria-Hungria en defensa de Italia; encarnó en Zola que proclamó la inocencia de Dreyfus desafiando la furia de un pueblo ofuscado por la pasión, y fué Nicolás II que pidió el desarme universal y colocó la primera piedra del Templo de la Paz en La Haya.

Dulcinea, vestida con telas de oro y sirgo te-

jidas por las ninfas del Tajo, se pasea en las lonjas de su castillo tapizado con alfombras de Persia, o en sus aposentos rodeada de sus damas de Honor, ora ensarta perlas orientales; ora borda alguna curiosa divisa para el hazañoso Manchego; ya inspira a los artistas con su belleza; ya prodiga a los desventurados la dulzura de su corazón de oro y de piedras preciosas.

EL SOLILOQUIO DEL ESPEJO.

Mi alma es la luz, sin la luz yo no sería. ¿Qué es sin el alma el cuerpo? Materia sin vida, cadáver, substancia inerte. Y de igual modo que el espíritu es causa del sufrimiento en los seres vivos, la luz que es mi espíritu es el origen de mi atormentada vida. Soy una víctima de la luz.

No digo el hombre, el animal más mezquino, el insecto más vil, pueden evitar el dolor; pues o están provistos de armas para la lucha, o disponen de una coraza para la defensa o cuentan con instrumentos para la fuga. Yo carezco de todo; de armas, de coraza, y no soy dueño ni de mover mi cuerpo.

Como el infeliz loco dentro de la camisa de fuerza, yo estoy sujeto en el marco que me

maniata. Semejante al mísero ajusticiado que pende de infamante horca, cuelgo yo de fija escarpia; pero sin recibir la súbita y bendita liberación, sino agonizando lenta y perennemente.

Soy un paralítico de cuyos miembros ha huído la vida refugiándose en sus ojos donde brilla con persistente y desesperada intensidad, Un mudo que piensa con lucidez y cuyo único recurso de expresión es la mirada. Además, no me dejan tranquilo, sino que me persiguen, me vejan, me arrebatan mi voluntad forzándome a reproducir lo que me ordenan. Soy ludibrio del que se coloca delante de mí, como el hipnotizado del hipnotizador.

Toda mi vida reside en mi mirada. Y bien, no hay ojos que no descansen, no hay ojos que no reposen, todos los ojos se cierran. A mí no se me concede tregua; yo permanezco siempre vigilante, siempre atento, sin gozar nunca del alivio de un parpadeo. ¿Se puede imaginar un terror más grande que unos ojos siempre abiertos, hasta de noche, hasta cuando están dormi-

dos? Los ojos al menos pueden volverse adonde les place, apartar la vista de lo que les disgusta. Yo estoy condenado a ver siempre, siempre, siempre.

No soy por lo menos hijo de la naturaleza, soy una falsificación, una superchería. Soy una copia mal sacada, un burdo y desmañado remedo de un original que se me antoja es una fuente o un río que reflejan las frondas y las nubes, las estrellas y el cielo azul, y aljofaran las adorantes cabelleras de las ninfas y ciñen sus formas candidas, y no son paralíticos ni mudos, sino cantan, corren y prorrumpen en sollozos.

Soy hijo del artificio y mi cruel padre aumenta mi tortura reanimando mi espíritu por manera artificiosa también, transfundiéndome nueva vida con los destellos que lanzan las temblorosas llamas de las bujías o el sutil cabello incandescente de las lámparas eléctricas.

Alguien querrá argüir que en ocasiones experimento el placer de reflejar caras bellas; que debo de deleitarme viendo despeñarse cascadas de perfumados cabellos; que tengo que iluminar-

me de regocijo contemplándome en hechiceros ojos; que he de exultar mirando formas divinas; pero este es el más grande de los errores. El privilegio de la belleza es despertar el amor, y como la que se descubre ante mí no es la belleza tranquila de los mármoles sino belleza palpitante de vida que provoca el deseo, me convierte en el sér más desdichado. ¿Qué es la angustia de Tántalo si con la mía se compara? ¿Cómo alcanzar el fruto que apetezco si soy incapaz de moverme? ¿Cómo rogar si soy afásico? ¿Cómo dejar de ver si me es imposible desviar mi vista?

Porque nadie osará negar que el amor ha menester del contacto para comunicarse con el sér amado; para satisfacerse y realizarse. Le es necesaria la caricia, lo completa el beso, lo consume el abrazo. Yo soy el único amante a quien está vedada toda esperanza; el único a quien no le es dable tocar la fimbria de la mujer que anhela, siendo tan miserable que me muero de envidia por cualquier objeto que no tiene alma y por consecuencia no sabe sufrir ni paladear la voluptuosidad ni el deleite. Me cambiaría gusto-

so por una alfombra, por un anillo, por una liga, y cuenta que no menciono a las venturosas sábanas.

Todo sér que alienta un espíritu tiene derecho a morir, y, o lo ejercita, o la próvida naturaleza le proporciona pronto o tarde ese infinito consuelo. A mí, debido a mi parálisis, no me queda el recurso de suicidarme, de hacerme trizas, de volverme añicos, sino estoy condenado a vivir luengos y dolorosos años y hasta inacabables siglos.

Poseo una sola grandeza: la de ser sincero, la de decir siempre la verdad. Inmóvil y todo, soy superior a la lisonja; estoy más alto que la adulación; soy incorruptible; encarno el símbolo de la justicia: pero no de la que comete entuertos y tergiversa razones como esos espejos espurios de caras convexas o cóncavas que deforman las imágenes; yo soy insobornable, soy terso; este es mi orgullo que me coloca por encima de muchos, ¡oh! sí, de muchos, de innumerables hombres.

LA PROCESION DE LAS OLAS

Estoy recodado en el pretil del muelle. Sobre mi cabeza extiéndose el toldo del cielo velado a trechos por densas nubes y tachonado en los claros de estrellas titiladoras.

A lo largo de la playa brillan en confuso desórden las luces del caserío del puerto, y surto a corta distancia se esfuma la silueta de un buque, cuya iluminación realza la inmensidad negra del Pacífico.

A mis pies chapaletea sin cesar el agua y en la orilla revienta la resaca deshilándose en espumas.

El mar suspira.

Sí, este monstruo negro cuya cólera aterra a los marinos más iutrépidos ha desfruncido el ceño, y amainando sus iras se esfuerza por ser

tierno; exhala de su enorme pecho membrudo dulces quejas y dolientes gemidos.

En torno mío la superficie del océano apenas pierde su tersura. Las olas, imperceptibles, imitan los pliegues de una tela de raso donde el collar de luces eléctricas del muelle riela. No han avanzado sino un paso y se yerguen amenazadoras. Un poco más adelante se truecan en pequeños alcores verdes, rematados por blancas crestas de riscos.

Allá distingo un grupo de olas. Vienen garrulleando como chiquillas, y luego de desgranar collares de risa, desaparecen, olvidando en la arena sus conchas color de rosa. Pero ya se adelanta un corrillo como de zagalas atareadas trayendo en las manos azafates de vasos de Venecia, las cuales tropiezan a su arribo escabulléndose entre ruidoso rumor de cristalería rota. Otras extienden al llegar su cargamento de encajes de Bruselas. Aquellas se abalanzan en carrozas de esmeralda de las que tiran caballos árabes de rizadas crines de armiño.

Ya vuelven, acuden de nuevo, retornan otra

vez. Pero no, esas que se aproximan no son las mismas. Vienen como balando; es un nevado rebaño de ovejas. Estotras que se anuncian con coruscamientos de seda, con haldeos de damas elegantes que marchan de prisa recogiendo el vestido, son unas marquesas que a su llegada se despojan de sus albas pellizas. Esotras que las siguen son unas manolas que llevan terciados sus verdes mantones de Manila de largos flecos de seda.

Estoy solo.

En toda la longitud del muelle no hay ningún sér que vague, ningún trabajador que repose de bruces en el suelo o sentado en alguno de los carros abandonados sobre los rieles.

El piso retiembla cada vez que el mar arremete contra la armazón de hierro. En la playa despedázase la resaca semejante a cuitado pecho que estallara en sollozos. Un toldo de negras nubes tapa las dulces pupilas de las estrellas. La tristeza se clava en mi corazón como si fuera una daga aguda.

Pero lo mismo que en tu espejo, ya ríe en mi

recuerdo tu adorada imagen; ya mi memoria ocmo un hada buena te trasportó a mi lado; ya tu alegría disipó mis sombras; ya estoy contento; ya me regocijaron tus risas, mi sonajita preciosa, mi cascabelito de oro.

El murmurio del agua bajo mis pies no cesa; continúa el desfilar de olas. Vienen unas en pos de otras empujándose. Aquella que se extiende como una red de plata trae en sus mallas peces dorados; esa negra, que trata de confundirse entre las demás, tal vez se oculta porque acaba de estrechar con sus fríos brazos el cuello de un náufrago; esa pequeña y cristalina que pasa es un alhajero de cristal donde brillan diamantes esplendorosos porque la vieron desde la cubierta de un buque dos tiernos enamorados.

Ya no estoy solo; todo lo que imagino se me figura que te lo digo; cuando vuelvo a verte haces como de costumbre un delicioso mohín en que pliegas, sonriéndote, tus purpurinos labios, y me escondes el languor de tus amados ojos, más míos cuando me los niegas.

ENVIO

Y como esa ola, la más grande, la más impetuosa de todas que se acerca dando saltos precipitados, un deseo infinito se levanta en mi pecho que por tí late: el de ser como el mar, tan grande y poderoso como lo es el mar, y que todos mis anhelos y todos mis pensamientos y todos mis sueños, que acuden desde lo más remoto de mi existencia y surgen desde lo más profundo de mi corazón, como las olas vienen desde las más distantes lejanías del horizonte y se yerguen de las más hondas simas, se acercaran hacia tí empujándose jubilosos, y te dieran todas mis ilusiones, todos mis respetos, todos mis ruegos, como las olas regalan a la tierra todos sus frágiles cristales y todas sus conchas color de rosa, y que a semejanza de las olas que arriban en sus carrozas de esmeralda tiradas por blancos caballos árabes de largas crines de armiño, corriendo en tumultuoso tropel por llegar a la orilla, todas mis ansias galoparan hacia tí, como briosos bridones que corren, em-

papados de espuma los nobles encuentros, y que lo mismo que las olas se aproximan con musitaciones de plegarias, con músicas de besos, con explosiones de sollozos, riempre apresurándose hacia la playa y siempre alejándose de nuevo sin desmayar nunca, así fuera yo hacia tí, a enternecerte con mis súplicas, y me retirara porque te encontrase indiferente, y retornara otra vez con nuevos ruegos, y retrocediera llorando porque te hallara desdeñosa, e incansable como el vaivén armonioso de las olas, nunca dejara de acariciarte y de ceñirte y de besarte y de cantarte, tendiendo hacia tí mis brazos,^r y ofreciéndote el tesoro inagotable de mis esperanzas, de mis adoraciones, de mis suspiros y mis lágrimas.

EL HORROR DEL OLVIDO.

OTROS sienten el horror de la sombra, el horror de la muerte... Desde la hora aciaga en que recibí la noticia de tu partida, yo experimento un horror insensato, invencible, un horror de loco: tengo el horror del olvido.

Le tengo miedo al olvido: isla triste de desierto de la que no se vuelve más; tumba maldita donde no brota ninguna flor; cárcel obscura donde no entra nunca un rayo de luz. Porque Dios los ha olvidado, sufren sin esperanza los réprobos en el infierno.

Yo no le temería a la ausencia si estuviera seguro de perdurar en tu memoria. Si así fuera, yo pasaría esa melancólica noche en la que los besos que me diste arderían como luciérnagas, y las miradas con que me fascinaste titilarían co-

mo luceros, y resonarían como el canto del ruiseñor las palabras amorosas con que me cautivaste, esperando sin tristeza que apuntara el amanecer de nuestro encuentro, que saludarían jubilosas todas las alondras de mi espíritu.

Pero después de tu despedida, que me envolverá de amargura como una salobre onda del océano, yo permaneceré aquí, mirando en todas partes el hueco que dejarás con tu partida, teniendo sin cesar ante los ojos la estela cintilante de recuerdos que dejarás en mi existencia, y tú te marcharás a tu país, donde no habrá ningún sitio que te hable de nuestros idílicos transportes, ni podré evitar que a mansalva me roben tu corazón, donde recogía tembloroso las perlas irisadas de tus ternuras.

Yo te echaré de menos siempre, rayo de luz que disipaste mi fastidio; yo te recordaré de continuo, repique de cascabeles que me regocijaste en mi soledad; yo acariciaré sin tregua, con el exquisito deleite con que se palpa un suave manto de seda, la añoranza de estos raudos meses de mi monótona vida que recamaste con el oro de

tus amores, y tú ¡oh! cómo me acomete el espanto y tiemblo de pavor cuando me figuro que muy pronto el tiempo cavará una profunda fosa en el pasado, donde sepultará mi recuerdo, cubriéndolo con negras y frías paletadas del olvido.

LA PESCA.

Fuí contigo aquel día a contemplar la inmensidad del océano, cuyo oleaje que se precipita en impetuosa carrera a morir en la playa, no se cansan nunca de ver los ojos.

A lo largo del pretil que de ambos lados guarnece el muelle, atezados trabajadores que habían terminado sus faenas, pescaban, ya sin vida, o agitándose todavía, se destacaban aquí y allá una corvina de azogue, un mero amarillento o un pargo color de rosa; la barraca del embarcadero me ocultaba el vapor que al día siguiente te arrebataría de mi vista, y en el ocaso, el sol que ya había desaparecido, matizaba el mar con mágicas pinceladas de arco-iris y cubría el cielo con purpúreas floraciones de auroras boreales.

Moría la tarde.

Sin darme tregua, extendía a tus plantas el albo tapiz de mis adoraciones, como el océano desplegaba en la arena la orla blanca de sus espumas.

Súbito, cayó a tus pies una corvina plateada, que libre del anzuelo que la arrancó a traición de su asilo verdioscuro, aun quedó con vida un minuto dando vivos colazos. El afortunado pescador, enrollando en su mano izquierda el bramante de embreado cáñamo, y blandiendo con la otra el sutil gancho de acero provisto del bocado, por medio de un movimiento brusco hacia atrás, lo arrojó a merced de las olas.

Seducida por la ilusión de aprisionar por tí misma uno de aquellos peces relumbrosos, tomaste con tus adoradas manos la cuerda que sujeta por un cabo a la barandilla, se enarcaba a impulsos del aire; a tu lado yo me estremecía sintiendo el roce de tu brazo fresco; se querellaba a nuestros pies el océano undivago; en la glauca llanura los pelícanos, volando a flor de agua, picoteaban en los surcos esmeraldinos, y

a lo lejos, negras sombras empapaban sus terciopelos en el marino horizonte.

El complaciente pescador que te había prestado el anzuelo, consultando el flojo cordón que ondulaba al capricho de la brisa, y tratando de suavizar la expresión de su hosco semblante, te respondía a tus repetidas preguntas:

—No pica todavía, no pica todavía.

Y como tú, que eres la reina de mi voluntad, la virgen de mis adoraciones y la diosa de mis idolatrías, después de largo tiempo de espera, te quejases de tu mala fortuna, te dije, concentrando toda la ternura que rebosaba en mi corazón y contemplándome largamente en tus ojos:

¡Qué tontuelos son los peces que no acuden veloces de sus grutas de corales a morder el cebo que pende ante sus ojillos en las ondas encarrujadas!

Si fuera uno de esos inquietos habitantes de los submarinos palacios, yo me acercaría presuroso a picar el anzuelo que con impaciencia agitas, y tiraría ansiosamente de la cuerda para avisarte que me habías pescado, y brincando de

contento en el aire subiría hacia tí, alegre de que me hubieras arrancado de mi castillo de cristal con tus diminutas manos, y gozando con tu júbilo caería venturoso en el suelo, desde donde te miraría estremeciéndome de amor, mientras llegaba mi último instante, para tener lá dicha de morir a tus pies.

NOCTURNO.

DESPUÉS del día de lumbre y de fiebre, la noche de lino y de calma. En pos de la garrulería estridente de las cigarras, el reposo aterciopelado del silencio.

Es preciso haber sido caldeado por las llamadas de la siesta para deleitarse con la caricia de los frescos anocheceres, y haber sentido el rigor de los soles de agosto para apreciar la clemencia de las lunas de estío.

Dulce como una amante es la noche de seda y de plata.

Apenas el ascua solar se hunde en el horizonte caliginoso, la muchedumbre trajeada de ligeros *kimonos* desampara sus casas de papiro, y congregándose a lo largo de las regadas aceras bebe con avidez la brisa impregnada de sal de

las ondas azules y de resinas de los verdes pinares, o contempla embebecida la luna que luce como una perla en el azul satín del espacio.

En la feria bulliciosa que se celebra en la vecindad del templo shintoísta, la gleba olvida los afanes del día, y discurriendo regocijadamente de uno a otro cabo de la calle guarnecida de linternas, cuál regatea un grillo que estridula en su jaula de primores de filigrana; cuál se detiene ante las luciérnagas que destellan en sus diminutas cajas de vidrio; quién se demora ante los globos de cristal donde brillan pequeños peces de colores de sardónica; quién examina con ojos de conocedor los pinos enanos y añosos de ramas retortijadas.

En los jardines de pecado del Yoshivara, rameras que se antojan orquídeas de extravagantes matices atraen a los transeuntes arrojándoles sus largas pipas de bambú o los requieren con amorosos reclamos. En los estanques sembrados de lotos de los parques de cedros croan sin tregua las ranas pusilámines elevando los brazos hacia la luna inaccesible. De codos en los

pretilos de los puentes se recortan figuras inmóviles seducidas por el frescor y los reflejos de los canales dormidos.

De raro en raro percibo, en medio de la hipnosis profunda en que se encuentra sumergida la naturaleza, ora los crócalos lastimeros del *jino-bán* (1) errante; ora el oboe desapacible del vendedor de *soba*; (2) ya las melífluas querellas de una flauta; ya los acordes metálicos y salvajes de un *chamisén* desesperado.

Después de vagar en esta guisa, fascinado por el hondo hechizo del plenilunio, hacia la media noche me encuentro solo en la calle silenciosa, contando como siempre años de tedio, apurando como siempre ajenjos de olvido, bordando como siempre áureos sueños irrealizables en las tupidas tinieblas de mi destino.

Súbito el aullido lancinante de un perro que se oye a lo lejos me llena de tristeza infinita, de una tristeza sin consuelo que de ser posible me

(1) Velador.

(2) Macarrones.

haría aullar de desesperanza, y en la noche de lúgubre misterio, como en la noche trágica de Salomé, suena un pavoroso batir de alas que paraliza el viento, torna lívida la faz de la luna y hace enhestarse de horripilación las agujas de los pinos.

LA LETANIA DE O JARUKO SAMA.

O JARUKO SAMA,
Escucha mis alabanzas.

Mariposa de alas de seda,
Revuela sobre los crisántemos de mis sue-
ños.

Libélula de coselete de brocado,
Vibra en el aire luminoso de mi deseo.

Cerezo de abril,

Tiembla al soplo de mis caricias,

Cigarra de Nikko,

Canta la siesta de nuestro amor.

Causa de mi alegría,

Aduérmeme con la música de tus palabras.

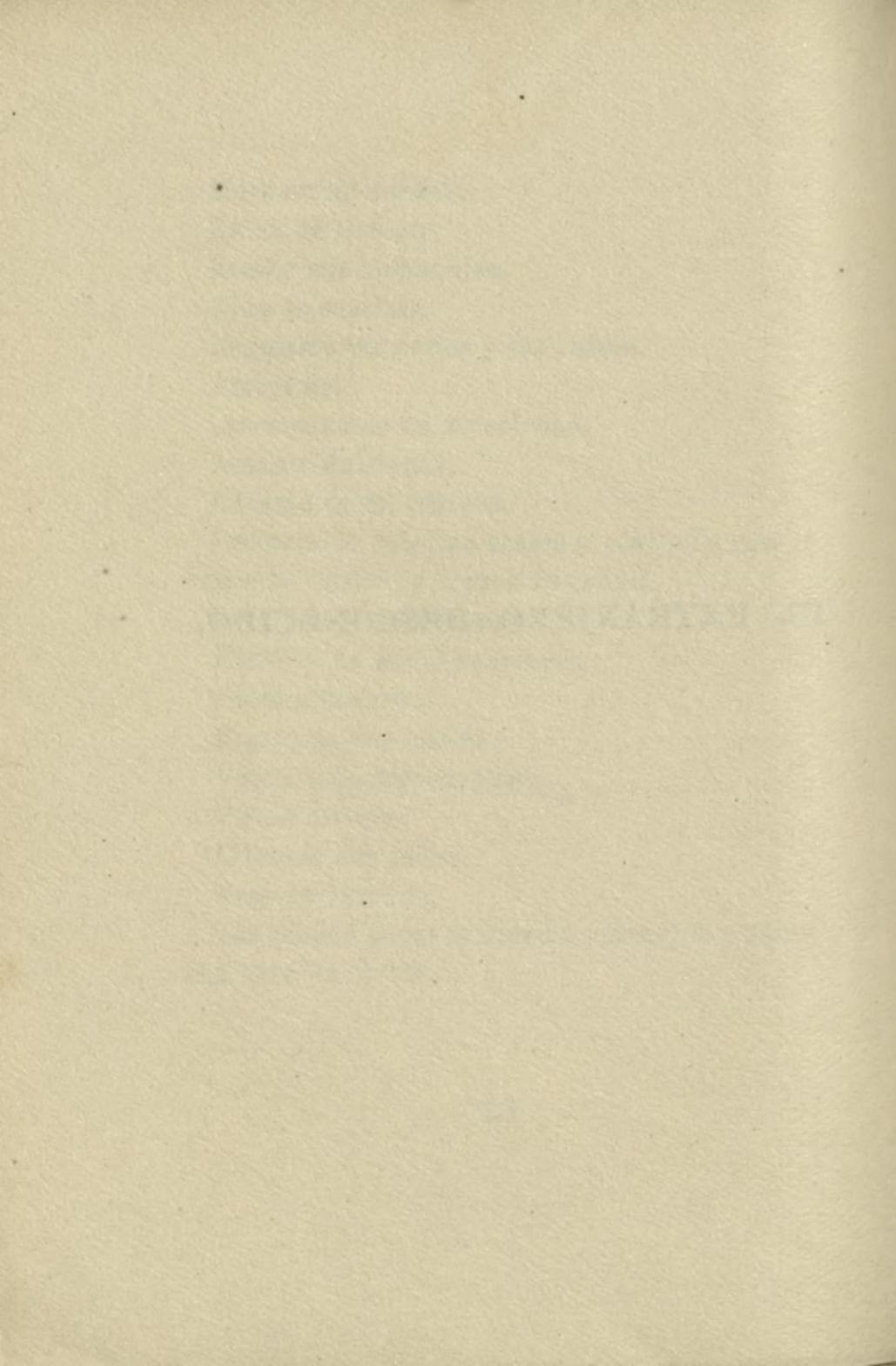
Loto místico,

Luce en mi silencio.

Estatua de oro,

Mora en mi corazón.
Reina de Oriente,
Recibe mis homenajes.
Arca de sonrisas,
Régálame tus perlas y tus rubíes.
Amiga fiel,
Acompáñame en mi soledad.
Amante dulcísima,
Cúrame de mi tristeza.
Criatura de cabellos azules y cuello de raso y
senos de sándalo y brazos de canela,
Prodígame tus ternuras.
Estrella de mis despertares,
Deleita mis ojos.
Espejo de mis ansias.
Vélate bajo mis suspiros.
Visión de opio.
Librame del tedio.
Vaso de Nirvana,
Ten piedad de mi existencia miserable y dame
una hora de olvido.

EL EXTRANJERO DESCONOCIDO.



ORA alardeen los cerezos de sus frondas encarnadinas; ora agiten las cigarras sus panderos jocundos; ya se tiñan los arces de tonos de cinabrio; ya caigan los copos de la nieve imitando plumas de celestes cigüeñas, he visto al extranjero desconocido en las calles pobladas de abigarrados *kimonos* y alegres caras de niños.

¡Oh la chiquillería regocijada de Tokio! ¡Labios sonrientes de los *akampos!* (1) ¡Carreras bulliciosas de los *kodomos!* (2) ¡Menudos andares de las *Oyo Sama* (3) de *guetas* (4) rojas guarnecidas de cascabeles!

[1] Bebés.

[2] Niños.

[3] Niñas.

[4] Calzado de madera.

Demasiado pobres para poseer patios donde entregarse a sus inocentes esparcimientos porque descienden de humildes artesanos y sórdidos comerciantes, los niños japoneses son reyes del arroyo.

Mientras la turba infantil se enseñorea de las calles, los padres trabajan en las minúsculas tiendas sin cuidarse de sus hijos, que tienen un ayo celoso en el gendarme y un solícito guardián en cada transeunte.

Mucho debe amar a los niños el extraño extranjero, porque lo he encontrado siempre en medio de sus alegres corrillos.

Marcha descalzo y destocado, tiene de oro así el pelo como la barba, y por su aspecto revela haber recorrido la mitad del camino de la vida.

Con la dulce mirada de sus ojos cerúleos y la inefable sonrisa de sus labios, frescos como los cerezos, acompaña a los niños en todas sus algazaras. Está con ellos en el Año Nuevo, cuando ataviados con sus *kimonos* de gala golpean el volante de plumas de gallo con la raqueta que ostenta en el dorso los retratos de afama-

dos actores; en la primavera, cuando empinan en el aire azul sus cometas zumbantes y multicolores, decorados con aves o caracteres chinos; en el verano, cuando esgrimiendo las flexibles pértigas untadas de liga, corren en pos de las cigarras músicas y de las esmaltadas libélulas; en el otoño, cuando se solazan bailando sus peonzas cantoras, y en el invierno, cuando marchan encaramados en sus zancos de bambú o esculpen enormes Darvas de nieve.

Además de su porte extraordinario, la frecuencia con que lo encuentro me obliga a fraguar conjeturas sobre el misterioso extranjero, sobre su nacionalidad, sobre su vida. A juzgar por su traje no es un diplomático, y no es tampoco un viajero porque lo he visto hace muchos años. ¿Es profesor de un idioma exótico en la Escuela de Lenguas Extranjeras? ¿Es un pope ruso, un padre francés o un misionero sajón?

Un día en que lo observé de muy cerca tuve indicios de su identidad, porque mostraba en la frente marcas de sangrientas punturas y despe-

día suave perfume de nardo que no podía provenir sino de sus pies, de albor milagroso.

Al fin una helada mañana de diciembre, en que como siempre, se paseaba descalzo y destocado en medio de los hijos de los *etas*, (1) acariciando con sus cándidas manos cabecitas hirsutas y cuerpecitos astrosos, depuse la última duda que abrigaba sobre su persona, y me descubrí con veneración ante el dulce y hermoso extranjero cuya es la frase: "Dejad que los niños se acerquen a mí."

[1] Parias.

EL SUPPLICIO DE MONA LISA

MILAGRO de la pintura, perla del Louvre, hechizando e inquietando al mismo tiempo con su mirada misteriosa y su sonrisa impenetrable, la Gioconda es la joya más rara del famoso *Salón Carré*, donde sobresale en medio de cuadros del más puro abolengo artístico: de los Rafaeles, de los Tizianos, de los Murillos, de los Rembrands y de los Van Dycks.

La enigmática Mona Lisa aparece con la cabeza imperceptiblemente vuelta hacia el lado derecho; cruzadas a la altura del talle las manos próceres que descuellan sobre el vestido cuyos colores sombríos eran invento de Leonardo; el sedoso pelo, partido en mitad de la frente, cae ocultando los hombros aunque marcando su graciosa curva;

sus ojos atrayentes y sus labios serpentinos irradian animados por inescrutable sonrisa que destila la miel de la dulce promesa a la par que asesta el dardo de la burla sutil. En un fondo de aguas serenas y de acantilados imprecisos campea su figura de vagos contornos y de sombras suavizadas, cuyos efectos encontraba el portentoso artista pintando a la luz amortiguada de las bujías.

El Rey Caballero le tributó su regia admiración; las áureas plumas de Vasari, de Théophile Gautier y de Walter Pater la alabaron en cláusulas de eterna belleza; los museos más célebres la codician para una de sus galerías; los millonarios aficionados la desean en uno de sus salones; enjambres de enamorados languidecen quejándose de su coquetería, y turbas de pintores pugnan en vano por reproducir su misterioso atractivo.

Nunca fué más sentida la muerte de una reina que la desaparición de Mona Lisa de su palacio del Louvre. Ninguna nueva como la de su hallazgo causó igual regocijo.

El Conde Vladimiro Zobief era un gran señor

ruso que derrochaba en París las sumas fabulosas que le producían sus minas de Siberia.

Al refinamiento de los polacos adunaba la barbarie de los tártaros.

En su residencia de los Campos Elíseos, unas veces organizaba saraos presididos por la mujer del Embajador de todas las Rusias, durante los cuales divertía a las damas parisienses con los fuegos de artificio de su conversación o las deleitaba tocando en el piano inquietantes improvisaciones, en tanto que otras veces agasajaba a sus amigos con comidas en que imperaban el caviar, el vodka y el champagne, y se prolongaban hasta el alba que los sorprendía entorpecidos por la borrachera. Con el gusto exquisito de un conocedor compraba artísticas chucherías y lo fascinaban los colores vistosos como a los salvajes. Ocasiones había en que era arrastrado por desordenada concupiscencia, y ocasiones en que pasaba las veladas escribiendo cartas platónicas a su novia moscovita.

Al cabo de poco tiempo fué presa de una preocupación cuya causa nadie comprendía, y que

no lograban disipar ni sus triunfos mundanos, ni el vértigo del bacarrá, ni el fuego del vodka, ni los encantos de las más elegantes cortesanas. No era capaz de impartirle consuelo ni su piano de nervios sonoros donde daba vado a todas las rarezas de su paradójico temperamento. Quizás lo atormentaba un amor contrariado. Tal vez sentía la nostalgia del Neva. Probablemente lo ensombrecía el tedio de poseer todo.

Después de despedir al último de sus invitados una noche en que había dado un espléndido baile, penetró en su estudio enriquecido con libros preciosos, tibores chinos y tapetes turquescos. Allí, arrellanándose en un sillón forrado de artístico guadamacil, permaneció pensativo arrojando al aire las hélices azules de su pitilo del Cairo.

No pensaba en ninguna de las hermosas damas que habían abrillantado sus salones ni recordaba ninguna de las anécdotas contadas por sus huéspedes con parisiense agudeza.

Pidió al copero una botella de champagne y al quedarse solo cerró sigilosamente la puerta. Des-

pués de apurar varias cañas del líquido burbujeante, corrió uno de los tisúes de oro mortecino con que estaban tapizados los muros y descubrió un cuadro de la Gioconda.

Con los ojos y el gesto de un alucinado así se dirigió entonces a Mona Lisa:

—Quiero que seas mía, tan mía como lo fuiste de Francisco del Giocondo.

Deseo palpar la seda de tus luctuosos cabellos; ansío verme en las lagunas encantadas de tus ojos; codicio poseer tu boca alucinante; anhelo desfallecer acariciado por tus manos principescas.

Si te tienta el lujo, yo te daré estolas de zorros plateados; collares de perlas de Ceilán; esmeraldas de Colombia; zafiros de Cachemira; rubíes de Burma; diamantes del Brasil; jades de Kwen Lung; turquesas de Visapur; ópalos de México y alejandritas de Eckaterimburgo; carruajes tirados por caballos ingleses; automóviles como salones ambulantes; lebreles rusos de hocico aguzado; perros japoneses de pelo de seda y falderos de Chihuahua que escondas en tu

manguito de chinchilla; hoteles de salones ajua-
reados con muebles de París y tapizados con al-
fombras de Persia; yates adornados como pala-
cios y un libro de cheques para realizar todos tus
caprichos.

Amame y caminarás sobre las alcatifas de mis
respetos; serás la depositaria de mis ansias y res-
pirarás en el ambiente de mis ternuras.

Después prosiguió cambiando de acento:

—Pero, ¿por qué me respondes solamente con
tu mirada malévola y tu sonrisa burlona? Estás
a mi merced, y si quiero, tengo resolución para
desgarrarte en girones o para convertirme en ce-
nizas. ¿No te seducen mis promesas? ¿No te
ablandan mis ruegos? ¿No temes mi resentimien-
to?

Eres fría como el agua y dura como los canti-
les que se esfuman a tu espalda.

No muestras los pies por ser mitad pescado
como las nereidas o en parte serpiente como Me-
lusina. Tu sonrisa asedia las almas con la per-
sistencia de un remordimiento, y tus manos, co-
mo las de la Tofana, deben componer filtros que

produzcan misteriosamente la muerte o enciendan el fuego que ardía en las venas de Tristán. Durante cuatro años, Leonardo de Vinci te pintó con su mano izquierda que era hada usando pinceles brujos y pigmentos envenenados. Quizá ni eres obra suya, pues que permanecía ocioso delante de sus cuadros, sino del diablo que te forjó con colores del infierno, lo mismo que el Cenáculo que por eso muestra incompleta la figura de Cristo.

Pero ya no causarás más torturas con tus demoniacos hechizos ni sacrificarás más holocaustos a tu diabólica coquetería.

Cuando terminó su incongruente discurso el Conde Vladimiro Zobief que sin duda estaba ebrio, arrojó en la enorme chimenea el óleo de la Gioconda, se sirvió otra caña de champagne y oyendo churriar el aceite de la tela permaneció contemplando su obra nefanda hasta caer desplomado a la vera del fuego.

En el semblante de Mona Lisa, devorado por las llamas purpúreas, se dibujaba la misma enigmática sonrisa con que, ante los pinceles de Leo-

nardo, escuchaba la orquesta de flautas y de
tiorbas que para embelesarla tañía escondida en
el parque del Giocondo.

JARDIN ZOOLOGICO.

Como no tuviera nada qué hacer aquel día después del almuerzo, se me ocurrió ir al Jardín Zoológico, donde la turba de ánima infantil, agrupada enfrente de los cubiles de rejas de hierro, admira a las fieras que se debaten sin reposo o se mantienen inmóviles echando de menos la magnífica libertad de la selva.

Pero antes de partir le pedí a mi criado otra taza de café negro.

Mientras paladeaba el néctar azabachado, reparé en que el parque de Ueno estaba muy lejos y era por demás cómodo mi diván abrumado de libros y de cojines, donde arrellanado sibaríticamente me dí a imaginar, posando los ojos en una coruscante estofa china sembrada de drago-

nes, y avivando mi fantasía con el obscuro y aromático estimulante,

En el apolíneo parque de laureles de inmarcesibles hojas maqueadas por los rayos febeos y calles espolvoreadas de alabastro, culminando en medio de aterciopelados pradales, se yerguen las estatuas de mármol de los poetas sobre zócalos de pórfido sangriento y de granito color de rosa, y murmura el agua castálida formando cristalinos abalorios al caer sobre riscos de lóbregos basaltos.

Una esfinge guarda la pesada puerta de bronce, en cuyos batientes están esculpidos en alto relieve batallas de Homero y visiones de Dante.

El monstruo de cabeza de mujer y cuerpo de león que solo franquea los umbrales a quien contesta satisfactoriamente a sus preguntas, clavó en mí sus ojos preñados de arcanos, y no sé si porque estaba de buen humor o por pereza de pensar porque estaba ahito de misterios, me puso el mismo enigma que a Edipo. Al oír mi respuesta lanzó un prolongado bostezo que mostraba el

fastidio de un sér que ha vivido mas de seis mil años, y cediéndome el paso, se extendió con negligencia en el pórtico solado con teselas de ónices y de jaspes.

Los concurrentes a aquel extraño bestiario son artistas pensativos y silenciosos que, no encontrando en la naturaleza modelos que satisfagan su gusto exquisito, concurren allí por espíritu de estudio a buscar sugerencias para alindar los surtidores de las fuentes, las bocas de los arcauces, las cariátides de las fachadas, las piernas de los sillones, los brazos de las cornucopias los marcos de las chimeneas, los broches de los libros, los contornos de las alhajas, el manto del verbo y el ropaje de las estrofas.

Una pareja de toros asirios se paseaba solemnemente entreabriendo sus alas robustas y galleando sus graves cabezas de hombre de barbas anilladas.

El cuello arqueado y el ojo vivo, bebiendo el aire con sus palpitantes ollares y agitando sus alas de águila, pifaba el Pegaso con impaciencia en espera del bizarro ginete que lo rigiera

con las bridas de oro, Un centauro melómano pellizcaba su lira septicorde en tanto que un sátiro velludo tañía su zampona de carrizos.

El Cancerbero de cuerpo de mastín que trajo Hércules del infierno, latía furiosamente mostrando las fauces de sus tres cabezas de bulldog, y el minotauro rumiaba con cachaza su festín de doncellas y de adolescentes. Mientras una quimera aleteaba sin tregua un baku japonés de cabeza de león, cuerpo de caballo, cola de toro y un cuerno de rinoceronte en la frente, devoraba los restos de una pesadilla. El unicornio daba rienda suelta a su ferocidad que solo se apacigua delante de las vírgenes.

La salamandra que vió Benvenuto Cellini se desprecizaba entre las llamas, mientras que el basilisco que es el rey de los ofidios, se mantenía con la cabeza tapada con una caperuza para no dar la muerte con la vista. Entre las lamias que participan de la naturaleza del dragón, se encontraba una mujer de rara hermosura, cuya presencia entre los animales solo pude explicarme

pensando en Melusina que se torna mitad serpiente los viernes.

Las famélicas arpías se devoraban entre sí como si quisieran devorarse; un fénix de maravilloso plumaje que cumplía quinientos años preparaba su pira de perfumes para morir y tornar a la vida, y echado en su nido de metales preciosos se encontraba un grifo de la India que pone huevos de ágata y rastrea los tesoros más ocultos.

En el acuario hacía bullir el agua el leviatán de férreas escamas y fauces humeantes dejando descubiertas las filas de sus dientes terribles; los monstruos Sylá y Caribdis estaban como en acecho de descuidadas trirremes; viboreaba el dragón que vuelve invulnerable a quien se baña en su sangre; iba y venía el samebito de cabeza de hombre que llora rubíes; braceaban los tritones a la zaga de las nereidas y tañían sus liras de cristal las seductoras nereidas de brazos alabastros.

Súbito el aire se estremeció agitado por agudos baladros, vibrantes relinchos y frémitos ame-

nazadores. Unas fieras gritaban; otras gañían: otras lanzaban resoplidos; estas bufaban y aquellas asobiaban; cuáles latían y cuáles cloqueaban, debatiéndose hambrientas en espera de los domadores, que le llevaran al minotauro su pitanza de carne humana; al leviatán barras de acero; a Caribdis y Syla tablas de navío; al grifo tejos de oro; al fénix granos de mirra; al baku su cena de pesadillas y a la esfinge su ración de misterios.

MUJERES FLORES.

CAMINO de Monsalvat, me encontré en un jardín de mujeres flores, de bellas mujeres flores cuyos labios atesoraban la miel de los mirtos y cuyos ojos estaban impregnados de jugo de adormideras.

Medio cubiertas entre las gasas y los tules que las velaban a modo de follaje, las mujeres margaritas resaltaban por su blancura, las mujeres lirios descollaban por su gallardía, las mujeres azucenas seducían por su pureza, las mujeres magnolias embriagaban con su fragancia, las mujeres madre selvas prometían dar la muerte con sus brazos, en tanto que las mujeres rosas atraían con sus esencias al mismo tiempo que apartaban con sus espinas.

El aire estaba lleno de risas y de perfumes

bajo el beso del sol, eran más blancas las frentes y más sonrosadas las mejillas; acariciados por las manos del viento, se estremecían los rizos negros y flotaban los rizos rubios, y para no ceder a tantos hechizos, yo no poseía el escudo de la inocencia como Parsifal, el Caballero sin Mancilla.

Yo había pecado, yo había bebido el néctar capitoso que endulza la vida, y por saborear el placer de la reincidencia, no solamente habría arriesgado la salud de mi alma, sino sacrificado la lanza que hirió el costado divino, y hasta la santa copa del Grial, donde se conserva la sangre de nuestro Salvador.

GLORIA.

Sus ojos son ingenuos, sus labios son puros, y su pelo del color del café, rueda sobre sus hombros en bucles tibios, espesos y aromáticos.

Su voz es como el sonido de una arpa, sus dieciocho años como un ramillete de rosas, su cuerpo como una fruta en sazón; pero nada es comparable al hoyuelo de su barba.

Es tan pequeño, que podría hacer otro igual en una pella de nieve con la punta de su dedo meñique, y sin embargo, no lo podré llenar con todos los holocaustos de mis ansias y con todas las ofrendas de mi admiración.

SI FUERA ZEUS.

Si fuera Zeus, el poderoso Padre de los Dioses, no frunciría mis cejas cerúleas haciendo retemblar el Olimpo;

Ni sacudiendo mis cabellos de ambrosía, fulminaría con mis rayos a los atrevidos gigantes que amontonando montañas pretendieran subir hasta las gradas de mi solio;

Ni satisfaciendo uno de mis caprichos divinos, enviaría a mi águila familiar a raptarse un adolescente, bello como un mármol de Praxiteles, que me escanciara néctar en mis festines con los Inmortales;

Ni sonreiría con olímpico desdén ante la rusticidad y la estulticia de los beocios;

Si fuera Zeus, el poderoso Padre de los Dioses, me convertiría en un cisne negro, en una de esas

maravillosas aves negras que semejantes a pequeñas góndolas de ébano surcan las ondas azules y rizadas del lago;

Me convertiría en un magnífico cisne negro, y a la hora ardiente de la siesta, en el tapiz aromático de la hierba esmaltada de flores, te acariciaría con mi cuello que ondularía como una serpiente negra, te envolvería con mis alas de aterciopeladas plumas negras, y en un minuto supremo por el que daría mi trono de relámpagos y de nubes, me agitaría como un huracán negro sobre tu asustada y palpitante blancura.

PUDO HABER SIDO.

PUDO haber sido;
Pude, mientras te hablaba, haber visto
caer sobre tus ojos el velo de tus negras pestañas
y convertirse en rosas las azucenas de tus mejillas;

Pude haber escuchado de tus labios palabras
que hubieran sido más valiosas que todos los
diamantes de las joyas de los Reyes y más dulces
que todos los cantos de los poetas;

Pero llamé tarde a las puertas de marfil de tu
corazón,

Y más desconsoladora que la desesperanza;

Más amarga que el desengaño que vertió en
mi alma sus raudales de ajenjo;

Más punzante que una corona de abrojos.
Es la idea de que unido a tí pude haber alcan-
zado la voladora quimera de la felicidad.

INDICE.

	Págs.
El Desencanto de Dulcinea.....	7
El Soliloquio del Espejo.....	21
La Procesión de las Olas.....	29
El Horror del Olvido.....	37
Lá Pesca.....	43
Nocturno.....	49
La Letanía de O Járuko Samá.....	55
El Extranjero Desconocido.....	59
El Suplicio de Mona Lisa.....	65
Jardín Zoológico.....	75
Mujeres Flores.....	83
Gloria.....	87
Si fuerá Zeus.....	91
Pudo haber sido.....	95

ESTE LIBRO SE IMPRIMIÓ EN MÉXICO
EN LA ANTIGUA IMPRENTA
DE MURGUIA EL AÑO
DE 1919.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY
540 EAST 57TH STREET
CHICAGO, ILL. 60637
U.S.A.

